



# La Tierra de Rubén Vista por Rubén

*"Si pequeña es la Patria  
uno grande la sueña".*

Rubén Darío

Francisco Terán

Quien quiera admirar el paisaje pintado con esta breve pincelada de Rubén, debe ir a ese maravilloso balcón de las Sierras de Managua, designado con el hiperbólico nombre de Las Nubes, y la naturaleza le brindará el inolvidable espectáculo en el que los actores dominantes son el lago de Managua y la esbelta silueta del Momotombo. En pequeño y, reducidas sobre todo las proporciones de la obra del hombre, es conjunción de agua, montañas y morros con la ciudad que se extiende a lo largo de las orillas lacustres, recuerda la incomparable bahía de Guanabara en cuyas márgenes ha crecido esa ciudad de embrujo, cuya capitalidad de la belleza no podrán quitarle nunca, ni Brasilia ni ninguna otra urbe del gigante del trópico sudamericano

Pero ningún accidente geográfico de su país natal parece haber impresionado más la sensibilidad del poeta que el adusto Momotombo, al que le dedica buen espacio en las páginas de su tersa prosa o versos de sonoridad bronceada.

En una de sus primeras crónicas escritas cuando llegó a Chile, con motivo de una de sus postreras erupciones, lo recuerda así:

"A un lado del actual pueblo de Momotombo, llamado también Moabita y Puerto Benard se miran aún los restos del antiguo León, fundado en 1524 por Francisco Hernández de Córdoba.

"Campos de soledad, mustio collado" son ahora las calles de

la vieja metrópoli ...

Como mayor en edad y en tamaño entre los volcanes de Nicaragua, Momotombo se lleva la primacía.

Quien llegando al puerto de Corinto "en los mapas alemanes generalmente Realejo, nombre antiguo" tomé el tren y sin detenerse en ninguna de las poblaciones intermediarias se dirija a Momotombo, a la orilla nordeste del lago de Managua, en lo primero que fijará su atención será en la imponente figura del cascado y crecido volcán.

Es el más bello de todos los de Nicaragua; bello, con belleza salvaje y grandiosa. Es un inmenso cono, ríscoso por un lado, calvo, con derecho a serlo, pues hasta se ha perdido la cuenta de sus cumpleaños; cubierto de vegetación exuberante y caprichosa en las faldas, y arrullado por las tranquilas aguas que le besan los pies, dándole un perenne tributo de caricias y rumores.

Ni el Masaya, ni el Ometepe, que en la isla de su nombre es el señor del Gran Lago; ni el Mombacho, que cercano a Granada proyecta su sombra gigantesca; ni el Cosigüina, famoso en toda obra geológica de alguna importancia por su célebre última erupción; ni el Telica, que hace tiempo no dice este cráter es mío; ni El Viejo que a las veces, cuando rezonga, pone en cuidado a los chinandegüenses; ninguno puede competir con el decano en cuestión. Vaya si es él hermoso para no tener noble y desmedido orgullo, viéndose, como dice Víctor Hugo, "formando a la tierra una tiera de sombra y de llama"

Y en verso, lo canta así:

El tren iba rodando sobre sus rieles. Era en los días de mi do-

rada primavera y era en mi Nicaragua natal.

De pronto, entre las copas de los árboles, ví un cono gigantesco, "calvo y desnudo", y lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído a Hugo y



*"Si pequeña es  
la Patria  
uno grande la  
sueña".*

Rubén Darío

la leyenda que Squier le enseñó. Como una vasta tienda

vi aquel coloso negro ante el sol, / maravilloso de majestad. Padre viejo / que se duplica en el armonioso espejo / de una agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan cambiante que discernir no deja su ópalo y su diamante, a las vasta llanura tropical.

Momotombo se alzaba lírico y soberano, / yo tenía quince años: una estrella en la mano! / y era en mi Nicaragua natal.

¡Oh Momotombo ronco y sonoro! Te amo porque a tu evocación vienen a mí otra vez, obediendo a un íntimo reclamo, perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez.

¡Los estandartes de la tarde y de la aurora!

Nunca los vi más bellos que alzados sobre tí, toda zafir la cúpula sonora sobre los triunfos de oro, de esmeraldas y rubí.

El Masaya es otro de los volcanes que mereció especial atención de parte del poeta, y, al describirlo, con delectación y gracejo, revive además el relato casi novelesco del temerario descenso a su cráter hirviente realizado por Fray Blás del Castillo, impulsado por la ambiciosa y disparatada creencia de que las rojas lavas que bullían en el fondo eran metales preciosos fundidos que había él de explotar con egoísta sigilo:

"Como en los más hermosos paraísos meridionales de Italia, los volcanes están allí sintiendo pasar los siglos y dando de cuando en cuando señal de que en sus hornos arden las misteriosas potencias de la tierra. El volcán Santiago atemoriza. El Masaya se cree hoy extinguido".

Y refiriéndose al descenso del temerario y ambicioso fraile, nos cuenta así la loca aven-

vida en la vieja León recostada al pie de los Marrabios, debió impulsarle a escribir el poema Terremoto, de ese Tríptico de Nicaragua, que tiene mucho de estampas casi fotográficas de su convulso país:

Madrugada. En silencio reposa la gran villa / donde de niño supe de cuentos y consejos, / o asistí a serenatas de amor junto a las rejas / de alguna novia bella, tímida y sencilla. "El cielo lleno de constelaciones brilla, y su oriente disputan suaves luces bermejas.

De pronto, un terremoto mueve las casas viejas / y las gentes en los patios y calles se arrodilla / medio desnuda y clama: "Santo Dios! Santo fuerte! Santo inmortal" la tierra tiembla a cada momento.

Algo de apocalíptico mano invisible vierte!..

La atmósfera es pesada como plomo, No hay viento

Y se diría que ha pasado la Muerte / ante la impasibilidad del firmamento

El paradigma de descripción del típico paisaje geográfico nicaragüense, de clima tropical y húmedo que origina esa vegetación lujurante y rica del hermoso país istmeño, se lo encuentra en el de las suaves serranías de Managua por donde serpentea la Carretera Panamericana, al sur

de la Capital, que Darío pinta con amorosa delectación:

"Más de una vez pensé en que la felicidad bien pudiera habitar en uno de estos deliciosos paraísos, y que bien hubiera podido tal cual inquieto peregrino apasionado refugiarse en aquellos pequeños reinos incógnitos, en vez de recorrer la vasta tierra en busca del ideal inencontrable y de la paz que no existe. Pocas horas de mi existencia habré pasado tan gratos y vívidas como aquéllas en que, al estallar las mañanas en una cristalería de pájaros locos de vivir, salía yo con mi escopeta, en compañía de un joven amigo, a recorrer los caminos, a bajar por los barrancos, a buscar entre los ramajes la deseada caza.

Entre todos las plantas que atraen las miradas, llévanse la victoria palmeras y cocoteros, que en el europeo despiertan ideas coloniales, los viajes de los

Pasa a la Página 14